

# “Arraigados en Dios”

**Para leer la Biblia con provecho**

Devocional  
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán  
“Zeit mit Gott”

Tema: ¡No perdáis vuestra confianza!  
(12 días)

**Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.  
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen**



## **¡No perdáis vuestra confianza!** **(12 días)**

Día 1

He. 10:32-39

Heinrich Coerper, el fundador de la agencia misionera de Liebenzell, escribió en cierta ocasión: “La confianza es la mano que nos da la posibilidad de aprovechar cosas invisibles. Si se pierde la confianza, también se pierde la capacidad de relacionarse con las cosas invisibles y eternas”. ¿Cómo podemos practicar la confianza en el “Invisible”, cómo podemos soportar y mantenernos firmes, aunque estemos tentados de perderla, o desecharla?

1. *¿Acaso desecharemos o perderemos la confianza, porqué ...?* Abraham, que fue llamado también “padre de la fe”, no sólo una vez estuvo tentado de perder la confianza. Dios le había dado maravillosas promesas. Pero al pasar el tiempo era muy urgente que las cumpliera, pues su edad avanzaba y las posibilidades naturales se desvanecían cada vez más. (Lea Gn. 12:2; 13:16; 15:1-5.)

Después de la repetida promesa, Abraham decía al Señor: Señor, mi Dios, tú me prometes muchas y grandes cosas. Pero, ¿cómo me darás todo esto, si no me das aquello, que ya hace mucho prometiste? Yo ya estoy anciano, y hasta ahora parece ser que moriré algún día, sin tener hijos, aunque me has prometido darme descendencia, de la que saldría un gran pueblo. No has cumplido tu promesa. ¿Cómo quieres que siga creyendo en tu promesa, si mi actual experiencia habla todo lo contrario?

¿Cómo es posible, contar confiadamente con el Invisible, cuando los hechos visibles demuestran lo contrario? Esa cuestión conmueve a varios entre nosotros, aunque les gustaría poder confiar.

Dios nos quiere dar alivio, nos invita a expresar nuestras dudas y aflicciones delante de Él, como lo hicieron por ejemplo Abraham, David y Asaf. (Lea Sal. 18:1-6; 40:1-4a; 73:21-28.)

“Dios escucha completamente todo, cuando usted ora. Él escucha todo, incluyendo el pasado, presente y futuro. Dios oye pues es omnisciente” (F. Vogel).

Día 2

Sal. 16:1.8

No solamente Abraham recibió maravillosas promesas de Dios, también a nosotros nos las regaló el Señor. A veces hablan muy directamente en una situación actual, y las sentimos como una afirmación personal. Pero después sentimos que muchas situaciones se ponen en contra de su cumplimiento, aunque habíamos contado con esto y lo necesitábamos mucho. Pero no pasó nada.

¿Se debe seguir confiando en Dios, aunque Él no contesta? ¿Se debe confiar, aunque todo acontece distinto de lo que uno se había imaginado? ¿Acaso no era eso también la aflicción de los discípulos, cuando su Señor les habló de su sufrimiento inminente? Esto de ninguna manera entraba en su concepto del Mesías. De que Jesús era el Cristo, lo habían reconocido y lo habían honrado como Hijo de Dios. (Comp. Mt. 16:15-17.)

El hecho de que Él tendría que sufrir no entraba en este concepto. La victoria sobre todos los enemigos, el establecimiento del reino de Dios en la tierra y el completo gobierno de Dios, todo esto lo esperaban. A pesar de comprensiones correctas, los discípulos en ese tiempo no habían entendido el real significado de la llegada de Jesús.

Lo incomprensible aconteció: Jesús fue traicionado y apresado. Ellos fueron vencidos por el temor y huyeron (Mt. 26:56). Ellos tampoco pudieron creer enseguida el mensaje de la resurrección de su Señor. El discípulo Tomás dijo: “Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré” (Lea Jn. 20:24-29.)

¿Es esto realmente confianza, si vivimos en la esperanza que el Señor cumpliría nuestras imaginaciones y planes? Entonces sería muy difícil, confiar incondicionalmente al Señor, el que es y actúa tan distinto de lo que pensábamos. Debemos aclarar: ¿en quién confiamos, en nuestros pensamientos o al Señor?

“Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia” (Pr. 3:5; comp. Sal. 37:5).

Día 3

2.Co. 12:7-10; He. 10:35

¿Se puede seguir confiando, si el Señor no contesta el pedido de oración, que según nuestro parecer era muy importante? La oración de Pablo era un pedido correcto e importante para su servicio: que el Señor quitase de su vida la dolorosa aflicción. El deseo de Pablo, de poder servir mejor al Señor era razonable, pues estaba llamado y comisionado para una tarea que exigía mucha fuerza. El Señor era el único que le hubiera podido quitar la debilidad. Tres veces Pablo rogó por eso al Señor. Después dejó de pedir, pero no de confiar. Dios había respondido claramente: “mi gracia es suficiente para ti” (2.Co. 12:9).

“El que sigue a Dios, arriesga sus sueños y pone en juego sus propios planes. Aún siendo perdedores vosotros no os quedaréis cortos. Dios os llevará a su buena meta. Confiad en el Señor siempre, pues Él es la roca eterna” (T. Lehmann; J. Swoboda; lea Ro. 8:38.39; 2.Ti. 1:12; He. 11:13).

2. *Nosotros decidimos confiar, a pesar de ...* En He. 10 dice: “No perdáis vuestra confianza”. Esto incluye: ¡decididlo vosotros una y otra vez de nuevo! ¿Por qué llegó ese requerimiento a los creyentes hebreos? Ellos se encontraban en una situación muy peligrosa: se habían cansado de la fe. Por amor al Señor habían sufrido burla y en parte también mucha persecución. Pero la mirada al Señor se había oscurecido. Lo visible y las experiencias concretas se habían agrandado más que la confianza de aferrarse a la promesa.

Si nos hemos cansado de confiar, el Señor también hoy tiene una palabra alentadora para nosotros: “Los que confían en Jehová son como el monte de Sion, que no se mueve, sino que permanece para siempre”. “Confiad en Jehová perpetuamente, porque en Jehová el Señor está la fortaleza de los siglos” (Sal. 125:1; Is. 26:4).

Día 4

2.S. 22:29-37; He. 10:38

“La fe de los creyentes hebreos no estaba muy bien. No la habían tirado del todo “por la borda”, ellos creían en Jesucristo, eran cristianos y querían seguir siéndolo. Pero ya no era esa fe, que cambiara los montes del lugar y una fe que saltara los muros. Era una fe que apenas movía las alas, parecía a una chispa humeante debajo de la ceniza. Quizás algunos se preguntaban: ¿vale la pena ser cristiano? ¿Qué gano con eso? Ellos habían tenido amargas experiencias. Por eso se cansaron.

¿Y nosotros? En realidad a nosotros nos va muy bien, para el evangelio hay completa libertad, pero también esto abarca en sí un peligro. Nuestra generación llegó a estar cansada e impaciente, pero lo importante sería soportar. Nuestras muchas actividades piadosas son como una fachada débil de nuestro cansancio interno” (H. Lamparter; lea Is. 40:29-31; 2.Co. 4:16).

Pensemos otra vez en Abraham, el que estaba desilusionado porque Dios no había cumplido su promesa. Pero en su gran fidelidad el Señor se la repitió claramente. Abraham debía mirar al cielo estrellado. Tan numerosa sería su descendencia, aunque el hijo aún no había nacido. Abraham tenía que decidirse. Él decidió confiar en el Señor, *a pesar de* que muchas cosas hablaban en contra. Abraham “creyó a Jehová, y le fue contado por justicia” (Gn. 15:6).

Una nueva confianza comienza con una decisión de la voluntad. De seguro la determinación *para* algo, significa también una decisión *en contra* de algo: contra la resignación, el cavilar y contra la conmisericordia. En nuestro corazón puede estallar una batalla. Pero si nos decidimos confiar en Jesús, crecerá en nuestro corazón la paz de Dios, que protege nuestro interior (comp. Fil. 4:7; Ro. 8:37; 2.Co. 10:5; 1.Jn. 5:4).

Día 5

Mt. 6:24-33; Fil. 4:5-6

Hay muchas razones para preocuparse. Todo esto conoce nuestro Señor y también lo ve. En una ocasión había mencionado incluso algunas razones: “cuando os trajeren a las sinagogas, y ante los magistrados y las autoridades...” (Lc. 12:11).

El Señor había visto también los motivos de Marta, que se agotaba como anfitriona: “Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas” (Lc. 10:41). Y realmente el espíritu de la preocupación desarrolla fuerzas destructoras (Mt. 13:18-23). Preguntémonos: ¿qué cambia una situación, cuando nos preocupamos? Por lo general: ¡nada! Solamente nosotros estaremos inquietos, nerviosos, irritados e impacientes. Y muchas veces molestamos a los de nuestro alrededor o reprochamos a otros o los hacemos sentir mal.

“Nosotros creemos y confiamos que Dios nos ha redimido, pero no somos capaces de esperar en Su ayuda para las cuestiones diarias. La fe puede luchar contra las preocupaciones. Uno puede ejercitarse en la confianza, por ejemplo en el camino que Jesús mencionó en el sermón del monte: ‘buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas’. Muchos cristianos han experimentado que Dios cumple lo que prometió.

Si nosotros aclaramos de una vez y para siempre lo que debe tener prioridad en nuestra vida, todo lo demás se arregla, y el Padre celestial nos concede todo lo necesario. El que hace suya la causa de Dios, experimentará de que Dios se hará cargo de sus necesidades “ (O. Sanders).

“Por demás es que os levantéis de madrugada, y vayáis tarde a reposar, y que comáis pan de dolores; pues que a su amado dará Dios el sueño” (Sal. 127:2).

Día 6

Jn. 10:11; 13:1

Es de gran ayuda que tengamos presente una y otra vez, que hemos puesto nuestra confianza en el Señor cuyo amor por nosotros es singular. Él es el buen pastor que puso su vida, para sacarnos de la maleza mortal del mundo y nos hizo “ovejas de su prado” (Sal. 95:7; 100:3). A Él podemos confiar nuestra vida también hoy.

“El que testimonia ‘el Señor es mi pastor’, dice con esto: yo soy su oveja y le sigo, como la oveja sigue a su pastor. La oveja tiene que hacer sólo una cosa: seguir al pastor. Con esto puede estar tranquila y segura de tener todo lo que necesita en el día. Haya tormenta o un sol brillante, estando junto con todo el rebaño, o en camino solitario, junto al arroyo refrescante o pasando por valles oscuros, siempre la oveja sigue tranquila a su pastor.

¡Qué gozo es tener un pastor que no se equivoca! Un pastor que conoce el nombre de cada una de sus ovejas; y no sólo el nombre, sino también su historia con todos los altos y bajos, con sufrimientos y dolores, pero a la vez con todo lo bueno y hermoso. El que pertenece a este Señor, tiene que caminar en caminos de la fe. Esto incluye que podemos confiar en Él completamente, cada día, en cada nueva curva del camino, y respecto a todo lo que hoy o mañana podrá pasar. Él me ha rescatado y liberado del gobierno de la oscuridad y de la esclavitud, y Él tiene el derecho de llevarme por sus caminos.

Dígale usted a su Señor que quiere confiar en Él. Y confíe que le llevará paso a paso, por valles o montañas, en tormenta o a pleno sol a la casa paterna, donde usted estará seguro y amparado para toda la eternidad” (O. Stockmayer; lea Gn. 28:15; Is. 41:10; 1.P. 5:7).

Día 7

Jn. 20:26-29; 1:49

En la primera parte de las consideraciones de nuestro tema hemos mencionado al discípulo Tomás, que puso condiciones para poder creer. Él quería ver primero, y después creer. Cuando el Señor resucitado volvió nuevamente a sus discípulos, se le acercó a Tomás, diciendo: “Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente”. El Señor no dijo: “cree nuevamente”, sino “cree”.

La fe debía comenzar ahora, porque Tomás hasta el momento había creído más bien a sus imaginaciones del Mesías, y no al Señor mismo. Tomás se decidió y no necesitó más pruebas; él había conocido a Jesús. Esto es el comienzo de la adoración del Hijo de Dios: “¡mi Señor, y Dios mío!” (Lea Os. 6:3; Jn. 4:42; 11:27; Fil. 2:11.) Ahora ya no era importante lo que Tomás quería del Señor, sino lo que Jesús quería de Tomás. En la vida de ese discípulo vendrían aún muchas situaciones, en las cuales no vería nada de aquello, lo que el Señor le había prometido a él y a los demás discípulos. Pero Tomás se había decidido por el resucitado, sin saber lo que vendría.

También en nuestra vida futura habrán situaciones en las que pareciera que nuestra confianza fuera en vano. ¿Cuáles temores ocupan nuestros pensamientos respecto al futuro desconocido? ¿Nos decidiremos por la total confianza al Señor, *aunque* no sabemos lo que vendrá? Él ha prometido a sus discípulos en aquel tiempo y eso vale también hoy: “he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. Él lo ha garantizado con su nombre, el que significa: “Dios con nosotros” (Mt. 28:20b; 1:23).

Día 8

Sal. 63:1-8; 2.Co. 12:7-10

¿Confiar en el Señor, aunque Él no respondió positivamente al pedido de quitarle el “aguijón”? Esto era la decisión que Pablo tuvo que tomar. Él no había pedido una cuarta, quinta o sexta vez.

Hace unos días atrás nos preguntábamos: ¿acaso Pablo dejó de confiar, cuando dejó de pedir por alivio? Puede ser que él estuvo muy desilusionado, porque el Señor no había contestado a su ruego. Para Él hubiera sido una pequeñez quitarle la carga, de la que su siervo quería ser liberado.

Pero Pablo dejó de pedir, pues había recibido una respuesta inesperada del Señor y la había entendido. Pablo se decidió por la confianza, aunque la contestación de Dios fuera muy distinta de lo pensado: “y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mi el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte”.

Porque Pablo había entendido a su Señor y estaba de acuerdo, podía entonces agradecer por la debilidad. A él se le reveló la omnipotencia de Dios por medio de esta respuesta. Por eso podía decir: “me gozo de aquello, de lo cual quería haber sido librado”. Su decisión de confiar era clara. “Yo ahora”, quiere decir: yo me he decidido aceptar aquello que me hace sufrir. Yo reconozco que al Señor le obstaculizaba muchas veces mi propia fuerza, por eso me la quitó. Yo digo sí a aquello, a lo cual en realidad me gustaría más bien decir que no, digo sí y confío completamente en mi Señor. (Lea Is. 26:3.4; 50:10; Sal. 31:5.15; 1.P. 4:19.)

Día 9

He. 10:35; Sal. 84:1-12

Hoy nos ocuparemos de dos mujeres, que decidieron perseverar en la confianza en Jesús. En el año 1944 escribió *Corrie ten Boom* en una carta de su prisión incomunicada en Scheveningen, donde estaba rodeada de mucha crueldad: “yo he pedido al Señor que me saque de esta cárcel. Él me contestó: ‘mi gracia es suficiente para ti’, y entonces traté de no ser impaciente. Pues yo sé, que aquí no permaneceré ni un minuto más, de lo que Dios ve necesario para mí. Tampoco me siento muy sola, pues experimento una muy bendecida comunión con el Señor. En mi corazón hay alabanza. Porque la comunión con Jesús me hace tanto bien, que estoy agradecida por estar sola, aunque normalmente siempre me gustaba estar junto con otras personas. Yo converso mucho con mi Salvador, y recibo más comprensión acerca del tiempo y de la eternidad”. (Lea Jn. 11:40; Pr. 16:20.)

*Christa von Viebahn* oraba muchas veces en situaciones difíciles: “Señor Jesús, yo confío en ti”. Cuando durante la segunda guerra mundial se incendió su casa en Stuttgart, le preguntaron después de esa noche horrible: “¿Cómo ves esto ahora? Tú habías confiado que Señor les protegería”. Su respuesta: “no puedo hacer otra cosa que confiar en Él. Él quita lo bueno, para dar lo mejor”. Su corazón estaba quieto en Dios. La confianza era su actitud. Esto lo expresó de la siguiente manera: “No, no nos libró de esto, sin embargo esta noche nos ha acercado mucho más a nuestro gran Dios. Aceptamos la pérdida de Su mano, porque Él consideraba que esto era el bien para nosotros. Dios nos enseñó a confiar en Él a través de la noche y la oscuridad, y ver su rostro aun en el fuego abrasador”. (Lea Pr. 23:26.)

Día 10

He. 10:35-39

3. *La confianza vale la pena.* “No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón”. Al Señor le importa mucho nuestra confianza. Él se regocija por ella y responde. ¿Acaso no es ya una respuesta maravillosa, cuando entra la paz en nuestro corazón, aunque la situación angustiante aún no haya cambiado, pero igual pudimos darle nuestro Sí? “En la aceptación está la paz” (A. Carmichael). Tengamos en cuenta que podemos hablar con el Señor acerca de todo, por más difícil que nos parezca la situación.

Recordemos nuevamente a las personas de la Biblia, que ya hemos mencionado varias veces. A Abraham Dios le prometió una recompensa, al haberse decidido confiar en el Señor, aunque todo parecía estar en contra. Dios dijo: “No temas, Abram; yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande” (Gn. 15:1). Abraham no tenía que temer lo que vendría. Encima de todo lo que pasaría, estaba la palabra de consuelo de Dios: yo soy tu escudo, tu protección y tu recompensa.

En la antigüedad el escudo era una protección portátil. El luchador protegía su cuerpo con un escudo ya sea de madera, malla, cuero o metal.

Dios es escudo, esto quiere decir: Él no permite que las flechas, que llegan peligrosamente a la persona, le produzcan algún daño. “La recompensa, de la que Dios habló aquí, no es la respuesta divina, por algo que Abraham hubiera hecho. La recompensa es un regalo de Dios. No es Abraham, el que habla de esto, sino Dios” (H. Bräumer; comp. Ap. 22:12).

Asaf tuvo la incomparable experiencia: “Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre” (Sal. 73:26)

Día 11

Jn. 20:24-29

El Señor dijo a Tomás algo, cuando había vencido su incredulidad y sus dudas, que en un primer momento podría parecer como corrección: “Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron”. Pero en el fondo estas palabras abarcan una gran promesa. Lo anterior era el reconocimiento del Señor y la confesión, que Tomás quería pertenecer sólo a Jesús, su Señor y Dios.

¿No podríamos entender esa promesa de bienaventuranza también así: “Tomás, tú serás feliz, cuando en el futuro aunque no veas, pero igual, crees”? La felicidad no la conseguimos por el puro conocimiento, sino por la fe. No por mayor conocimiento, o mejores pruebas o teología acumulada, reconoceremos quien es Jesús y todo lo que hizo por amor a nosotros, sino por nuestra fe personal en el Hijo de Dios. Desde que Jesús volvió a su Padre, incontables personas de muchas naciones llegaron a creer en Jesús, sin ver. Tan poderosamente actuaron la Palabra de Dios y el Espíritu Santo, que Pedro ya en su tiempo podía escribir a los cristianos: “a quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso” (1.P. 1:8)

También nosotros pertenecemos a aquellos, que creen en Jesús y le siguen, sin haberle visto. A estos creyentes Jesús los elogia como felices. ¿Por qué? Porque con fe podemos poner: “los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe” (He.12:1.2), también podemos dar lugar a su Palabra en nosotros y responderle en la oración. Conversar con el Señor nos guarda de hablar palabras vanas y nos acerca más a Dios. (Lea Sal. 145:18; He. 10:22.23.)

Día 12

2.Co. 12:7-10; Gá. 2:19b.20

La confianza vale la pena. El apóstol descubrió, que no tenía que llevar a cabo la vida por su propia fuerza, sino que Cristo vivía en él por medio del Espíritu Santo. Pablo denominaba ese conocimiento como secreto y gloriosa riqueza, porque “Cristo en vosotros es la esperanza de gloria” (Col. 1:26.27). Según esto el ser creyente no es una molesta subida al cielo, que le quita a uno todas las fuerzas, sino una vida, que depende de la fuerza de Dios. Esa vida en el poder del Espíritu Santo la experimentó Pablo como alivio: “con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios ...”

¿Cómo es nuestra realidad diaria? “La verdad es así: nosotros anhelamos vida, pero de tal forma como yo me la imagino, y no, como Dios piensa. Pero solamente cuando me separo de mi vida egocéntrica, tendré la vida de Cristo en mí. ¿A cuántas cosas aún me aferro, de las cuales pienso que me dan sentido en la vida, sin embargo ellas en el fondo me dejan insatisfecho, porque Dios ha creado más para mí?

Por eso me acerco a la cruz. Allí murió Jesús y entregó todo. Su amor me vence. El alto precio me asusta. Pero por fin me entrego totalmente a Él. Lo que hasta ahora había sostenido a toda fuerza, mi fama y reconocimiento, bienes y personas, ahora los suelto. Si abro mi mano y suelto lo que con mucho esfuerzo había logrado, entonces Él me la llena con su presencia. La luz de la presencia de Dios me ilumina. Ahora la vida es una confianza continua en Cristo, quien se ha manifestado digno de confianza por Su amor” (D. Williams; lea 2.Co. 8:9; Ef. 3:17-19).